

Tragedia y Maravilla de la Juventud

Por F. Codés, S.J.

Porque ellos están terriblemente solos. Y de esa soledad, como del claustro materno, ha de salir: el hombre o el monstruo. Y los llamamos insoportables; y son sus impertinencias como aquellos saltos de júbilo que dió San Juan en el vientre de su madre; allí se acercaba Dios; aquí se acerca el hombre. Y a veces somos tan necios que los abandonamos a su suerte, precisamente en el momento en que una palabra humana podría hacer el milagro más grande aún que la generación misma: la palabra de la luz sobre el hombre que se acerca a empujones y ciego.

Porque esa es la maravilla de la juventud y esa su riqueza. En ese muchacho o muchacha que abre sus ojos asombrados —como de nacido de pocos días— ante un mundo que ya le rodeaba pero que desconocía, ante un mundo interior que no existía sino en potencia y que ahora se le levanta imperioso y le golpea los ojos y el corazón, ahí está naciendo una maravilla, algo así como una alba de oro. Porque cada hombre que empieza a serlo no es más que eso, una aurora de Dios sobre la Tierra.

Y nos molestan esas auroras que nacen en nuestros muchachos. Como que desearíamos que siempre fuesen niños, o que de repente se nos apareciesen hombres hechos y derechos. ¿Acaso el alba se nos da entera de golpe? Si quiebran los albores, lo mismo quiebran los hombres, y su luz se nos va dando poco a poco hasta que su plenitud es sol sobre los pinos del valle.

Todos somos hombres asombrados de nosotros mismos; ¿por qué nos asombramos del asombro de los demás?. Nunca he sentido tan cerca a Dios como cuando, por su gracia, he tenido en mis manos el alma de un joven. Yo la miraba con reverencia. Y mis palabras eran entonces como suaves campanadas de plata frente al milagro. Porque el milagro iba naciendo del mismo milagro y de mi palabra. Y yo decía mis palabras en voz baja, con profundidades de amistad, en esos momentos en que el sueño se va a resolver en luz de alba.

Porque los niños sueñan; no viven, o mejor: su vivir es el más profundo, el más real: su vivir es soñar. Para ellos todo es un juguete maravilloso que se transforma en los mil sueños nacidos al empuje de unas fuerzas ocultas e imperiosas en su ser, que a pasos lentos va abriéndose camino en la vida por los años. Porque los años son nuestro camino de humanidad, y a las orillas de este universal sendero van quedando nuestras mudas como testigos de nuestros pasos y andares hacia nosotros mismos. Pero el niño no es algo independiente del mundo; con él forma parte integrante, y sólo con el tiempo se sabe diferente de los objetos que le rodean; diferente de sus papás y de sus hermanitos. Pero el sujeto de ese conocimiento, él, queda en la penumbra como objeto de conocimiento.

El paso de gigante lo da cuando de repente se encuentra, se tropieza

consigo mismo. Y se tropieza de tal manera que se da de bruces contra esa esquina que se le interpuso en su hasta entonces medio inconsciente carrera. El asombro le llena los ojos y... ya nadie está a su alrededor. Enfrente de sí ve levantarse su propio yo. Y una soledad total le va calando hasta los huesos. Pero no es una soledad de paz;... la paz. Todo se conmueve y tiembla como si una fuerza maléfica se empeñase en resolverlo todo. Es un brochazo de tinta negra sobre las luces rosadas de la niñez.

Esa conmoción universal en la que a veces se ahogan momentáneamente aun los valores más queridos hasta entonces, es como el empuje que sufren las entrañas de la tierra en primavera. Si una helada quema después las flores, ni por eso ellas fueron menos hermosas ni menos capaces del fruto. Pero el muchacho no sabe nada de la finalidad de ese terremoto que lo tiene con los ojos fijos en su interior, maravillado y estupefacto de los que dentro de sí ve nacer. Y la soledad está con él.

Esta pintura somera de los dos estadios primeros del hombre consciente: niñez y principio de la adolescencia, nos mete de lleno en el problema de nuestro título: Tragedia y maravilla de la juventud. Porque la juventud no es algo distinto de la adolescencia; es el final del proceso, como la adolescencia es el principio. El problema es el hombre que tiene ya que hacerse necesariamente. Y el signo del problema la da, en su primera fase, la soledad. Ese retraimiento hosco aun de las personas más queridas hasta entonces no es más que una sombra pálida del otro retraimiento interno. No es verdad que el adolescente se haga solitario; él es un solitario, y no por su gusto. Y he aquí las dos soledades en acción: 1) la soledad social, y 2) la soledad metafísica.

El fenómeno de la soledad social con sus matices de hosquedad, quiebra de valores intelectuales y afectivos (con frecuencia acompaña o sigue a un estirón en el crecimiento), es demasiado conocido, al menos en sus manifestaciones más chocantes. Más que analizarlas me interesan contemplarlas desde estos tres puntos de panorama: causalidad, finalidad e historicidad.

CAUSALIDAD METAFISICA DE LA SOLEDAD

La palabra evasión no llegaría a describir el primer estadio en el proceso de la adolescencia. Tiene dentro esa palabra demasiada acción para que convenga a una situación en la que lo primero de todo y como anuncio de todo es: encontrarse. El muchacho se encuentra. (No olvidemos el doble significado de este verbo. Como neutro significa una mera situación dada. Como transitivo reflexivo tiene una significación cuyo término es la misma persona humana. Como neutro podría ser el primer paso en el problema de que tratamos. Como reflexivo sería la culminación del proceso y su gloria).

Pero ese encontrarse neutro no es ninguna posición inerte; al contrario, si lo que nace es la fuerza, la potencialidad máxima, pero que al aflorar, como que se detiene, al igual que el bañista se para un momento al salir después de la zambullida. Y este es el momento que más nos interesa. Si lográsemos subrayar sus directrices, ellas serían los jalones luminosos, las señales de tráfico —**luces de guía**—, para todo el proceso adolescencia-juventud.

Lo que nace es el hombre, y el hombre es amor. (Si la definición más exacta de Dios es por el amor, el hombre —como todas las demás criaturas— tendrá que definirse analógicamente por el amor.) Y cuando esa personalidad rompe bruscamente la superficie en calma de la niñez, su grito de recién nacido es el del amor total. Pero es un grito de una persona a todas las demás. Se ha roto el embrujo del mundo y va a comenzar el diálogo. Sólo las personas dialogan; los niños y los locos viven en monólogo.

La persona humana ha nacido, y con ella hay un silencio. Porque todo hombre, aun el muy adulto y experimentado, es un gran silencioso. Es maravilloso el valle que se abre ante el adolescente, y hay una fuerza que le empuja a reconocerlo. Y con el primer paso comienzan las desilusiones. ¿Por qué será que esta personalidad que empieza a ser consciente de sí misma ha de tener que chocar con todo o con casi todo lo que le rodea? Porque sus hermanos —sobre todo las hermanas en el muchacho, y viceversa— se le hacen imposibles; sus amigos dejan de serlo y otros nuevos (los bastos, los soeces) ocupan con frecuencia su lugar. Va rompiendo —no solamente separándose— con lo que era su mundo.

Extraña fuerza ésta de la personalidad naciente. Hay en ella un ideal de hermosura y sobre todo de bondad, tal, que quizá podamos encontrar en ellas un motivo, por lo menos, del choque del adolescente con el mundo que le rodea. Y es que el hombre ingenuo es una cosa muy hermosa y muy buena. Y eso es el adolescente: un ingenuo. Y se tropieza con unos valores ya tamizados por la vida, de la que salen unos pulidos, y los más, manoseados. No hay concordancia primera entre su ideal: lo que piensa, lo que quiere o vagamente anhela, y la realidad con la que él se tropieza y tal como él la interpreta. Y huye. Pero no huye con desesperanza. Se retira en busca de algo que se acople a su deseo. Y el amor hace su aparición, ya consciente, en el alma. Es la maravilla del hombre recién nacido. Y es la tragedia de las infinitas espinas que lo van a sangrar, cuando no lo asesinen.

Este es el significado de la soledad del muchacho. Y esta es alguna explicación del por qué de esa soledad, que, como tal, como soledad del hombre y del hombre que nace, no tiene explicación total posible. Estamos hechos de silencio; y aunque oímos su voz y escuchamos sus pasos, no entendemos sus palabras, sus gritos de angustia. Pues con el hombre mismo está su silencio.

FINALIDAD DE LA SOLEDAD

Supuesta aquella determinación metafísica de la soledad, confundida en la misma esencia de la persona humana, hemos de preguntar por su finalidad. Pero antes de nombrarla he de plantear un problema que quizá quede constituido por una multitud de problemas: el significado del cuerpo en la adolescencia.

Porque en la adolescencia el cuerpo inicia un reajuste total hacia su perfección plena; en lo cual hay un paralelismo significativo con la actitud de la persona humana: Con la adolescencia comienza el abrimiento de la personalidad y de la corporalidad, si me es permitido hablar así. Y con el fin de la adolescencia —juventud— ha de llegar el florecimiento de la personalidad y de la misma corporalidad.

Pero el problema se circunscribe así. En esas turbaciones anímicas del adolescente, ¿qué papel desempeña la imperfección e insuficiencia corporal? ¿Cuál es la mutua influencia entre esa alma y ese cuerpo? Queremos subrayar el cuál, como materia del problema.

Debemos admitir que el principio que opera en el hombre por derecho propio y con exclusividad de origen, no es el cuerpo, sino el alma. (1) Esto está probado. Sin embargo, en el proceso de la actividad anímica hay como ciertas etapas: niñez, adolescencia-juventud, hombría, ancianidad. No parece que debamos admitir grados esencialmente distintos de desarrollo en la propia constitución del alma. La diferencia entre el alma que Dios infunde en el momento de la concepción, y el alma que Dios recibe en la muerte del hombre, es una diferencia, diríamos, cuantitativa, no cualita-

(1) Aunque predominando el sentido ascético, con qué poesía y filosofía, habla de esto Calderón en el auto "El Pleito matrimonial del cuerpo y el alma".

tiva; que en lo metafísico se reduce a una mayor o menor puesta en práctica de las posibilidades iniciales. La cosecha experimental sí es mayor o menor. Podríamos afirmar que el capital inicial es igual en todas las almas. Pero los negocios que han realizado con ese capital son distintos en cada sujeto.

Alma: (al cuerpo) Rústica morada mía,
Donde presa he de vivir
entre el llorar y el reír:
goza de la luz del día.
(Sale la vida con una hacha encendida, y
pónese en medio de los dos y canta)

Vida. Esta llama que arde fría,
la vida de los dos es;
cuando nace de los dos
apenas os juntáis, pues
haciendo en un punto Dios
un compuesto de los tres,
que somos Cuerpo, Alma y Vida,
Cuerpo Bruto material,
Alma, espíritu inmortal,
y Vida, llama encendida
que de los dos procedida
vive tan sujeta al viento
que de uno en otro momento
dura lo que ha de durar,
pues de inspirar a expirar
no hay más que sólo mi acento.

Cuerpos No sé qué vigor, qué brío
siento en mí, que me parece
que el deseo de ser crece.

Y más adelante: Si los sentidos no sé
de que me sirven ¿de qué
me sirve tener sentido?
Alma hermosa, pues que vienes
a informar mi rustiqueza
y es tan grande tu belleza
como tú sabes que tienes,
¿por qué el usar me destierro
de ellos? Sepa yo hasta cuándo
me quieres tener durando,
hasta cuándo padeciendo.

De aquí creo que se puede sacar que uno de los factores —no insisto en su mayor o menor principalidad— que delimitan la actuación de las fuerzas del alma, es el cuerpo. Y esto es cierto. Pero esta delimitación con que el cuerpo se deja manejar por el alma es particularmente operante en la adolescencia; precisamente la delimitación. Así como es ventana e instrumento, así es el cuerpo cedazo y rémora.

Si nos imaginamos al alma, principio vital, dirigiendo y empujando el desarrollo del cuerpo a fin de lograr su propio instrumento explicativo, entonces la función del cuerpo en la adolescencia se nos aparecerá con cierta luz. El progreso del cuerpo viene del alma. Pero como ese proceso voluntivo en el cuerpo no está proporcionado al empuje, decisivo ya, con que se manifiesta el alma; de ahí que la turbación en la adolescencia sea especialmente notable como dependiendo de la mayor tensión que el alma ejerce en el cuerpo. Si notamos que, como consecuencia a un primer paso

de este proceso, el cuerpo, aunque se capacita, se debilita también y en un grado mayor que en otros procesos similares: niñez, etc., tendremos alguna explicación de la causa del fenómeno fisiológico de la adolescencia.

Y si examinamos ahora el proceso considerando al cuerpo como obstáculo del alma, (siempre, en este proceso, de la adolescencia veremos que la acción va entre dos polos opuestos: positivo y negativo, ayuda y obstáculo, afirmación y negación. De ahí el título: Tragedia y maravilla), la turbulencia de la adolescencia tendrá un punto de apoyo interesante en la deficiencia física.

La presión arterial sube. Son frecuentes los dolores de cabeza, la debilidad general. La falta de dominio sobre los movimientos del cuerpo es un fenómeno notable, sobre todo en los muchachos. Estos y otros síntomas de la deficiencia corporal, ¿cómo es posible que se acoplen armónicamente a una acción tan decisiva del alma sobre el cuerpo? Siendo causados en parte por ese mismo empuje, no pueden resistirlo armónicamente, y lo modifican y desvirtúan, momentáneamente al menos.

Por ejemplo el instinto del amor ha de venir de dos fuentes: el alma, y la cuasi perfección del cuerpo. Pero en el principio de la adolescencia, el cuerpo no tiene la perfección debida, y el amor es una ansia, una ilusión, algo anhelado y no conocido, un presentimiento lleno de idealidad, algo muy hermoso como una flor, pero que tiene que someterse a la prueba decisiva de la carne. (Suponemos que nadie nos hará la injuria de entender la palabra carne como sinónimo de lujuria. Eso supondría que el hombre está viciado por completo y en su raíz; y eso es falso. Carne significa aquí lo instintivo, lo animal. Y eso, que puede ser de orden inferior en el hombre, no es por eso malo). Podíamos, pues, afirmar que la influencia del cuerpo es doble, o de doble sentido: 1) por parte de la mera insuficiencia física; 2) y por parte de lo instintivo y animal, fuertemente enraizado en la carne.

Esta segunda influencia, a la que hemos llegado en un estudio somero desde la pobreza meramente física, nos orienta de nuevo al problema de este párrafo: finalidad de la soledad. Porque una vez entre el cuerpo y el alma, adivinamos el sentido de la lucha de la adolescencia como una batalla necesaria para la armonización de las fuerzas que han de constituir al hombre.

Y como la personalidad es algo tan metafísicamente inviolable como lo es psicológicamente o moralmente, de ahí que el hombre no pueda menos de estar solo, totalmente solo, cuando se trata de definir su propia fisonomía moral, o humana simplemente. Para su constitución física, y en concreto para sus rasgos fisonómicos, tiene que someterse a las leyes de la herencia o al capricho de la naturaleza. Porque eso no hace al hombre. Por eso nadie tiene dominio en la marcha de su organismo. Pero no puede pasar lo mismo con la personalidad. Somos, lo que somos personalmente. Seremos juzgados por lo que somos personalmente. Valemos por lo que somos personalmente. Por lo tanto necesitamos ser dueños de nuestro tesoro. Y el acto de dominio implica soledad.

Así en el momento del descubrimiento, es nuestro adolescente también conquistador. Aun en sentido humano es verdadera la frase de que la vida del hombre es milicia sobre la tierra. Pero en la adolescencia esa milicia se ha de ejercitar sobre el valor fundamental y primario del hombre como tal. Y es mucho el parecido de la lucha del adolescente con la del conquistador. Porque un nuevo mundo se le abre fascinante; y el gozne fundamental de la victoria está en su propio esfuerzo. Esto en la apariencia y en la realidad. La voz de la selva lo llama irresistiblemente. Y hay una aurora en cada voz. Pero con la selva está la gloria y la perdición; con la selva está Tata Vasco y... Cabeza de Vaca.

Y como en la aventura de América, también en la adolescencia hay un Dorado, pero aquí real: la conciencia del propio yo, del propio valer. Y

precisamente porque ese propio yo tiene un destino personal, es decir inalienable; y porque tiene una misión particular y social que lo ha de conducir a ese destino —misión que incumplida lo apartará de él—, por eso la personalidad del muchacho no puede darse a espaldas de la libertad, sino que tiene que ser producto de una conquista más o menos épica, pero en fin de cuentas, conquista.

Nuestro destino personal nos impide lo fácil y cómodo, y nos somete a la pena y a la gloria de la propia reconquista. Porque aquí está la diferencia fundamental del hombre conquistador con el conquistador de hombres. Este ejerce la acción de su dominio sobre algo que está fuera de él. Aquí la ejercita sobre sus propios tesoros. Y en el adolescente, este es el sentido de la lucha: el de reconquista. Todo lo que va a conquistar lo tiene ya, pero oculto, no consciente, en posibilidades. Le falta ponerles la propia marca, como el ganadero pone su hierro sobre sus toros.

Por eso la naturaleza, que progresa sabiamente, obliga, con la adolescencia, a que el hombre comience a poner orden y jerarquía en sus valores. Lo obliga a ejercitar su más noble prerrogativa; la libertad. (Recordemos el sentimiento de independencia, tan agudizado en los adolescentes y jóvenes. Ahí está el meollo de todo, porque ahí está la salvación o la perdición del hombre entero). Por eso su libertad no la ceden a nadie. Y los educadores un poco experimentados saben muy bien que es totalmente contraproducente enfrentarse al joven en esas circunstancias. Es preciso ceder aparentemente, ganarles su confianza; y entonces, de igual a igual, de hombre a hombre, ir dirigiéndoles.

Quede, pues, clara la finalidad de esa soledad del adolescente como un iniciarse de la conquista. Esa lucha contra todo del adolescente tiene su explicación bastante clara, precisamente en ese reajuste total a que se ve impulsado por su pujante sentido de personalidad. No pidamos en él madureces propias del proceso continuado. La experiencia irá amansando a esas fuerzas jóvenes y dándoles ese vigor armónico que admiramos en el hombre hecho y derecho. Recordemos, también, que ese dominio o conquista tiene que ejercitarlo el muchacho de una manera no secundaria sobre su cuerpo, con todos los obstáculos y ayudas que esto significa.

HISTORICIDAD DE ESTA SOLEDAD

Esta palabra historicidad ha de significar aquí más que el proceso mismo del fenómeno adolescencia, una visión social a través de la historia —reducida en este estudio, por razones de extensión, a la historia de nuestros días— nacida del parangón entre el fenómeno y su ambiente. Reacciones de la sociedad ante la nueva maravilla que se abre; y reacciones en el adolescente ante esa sociedad.

Pero no me he de fijar en la descripción de los diferentes gestos de ambos extremos, pues son demasiado conocidos, sino en el producto que de esa interferencia ha de brotar necesariamente en el más débil de los dos; el adolescente o joven.

¿Ayuda la sociedad al adolescente a formarse una personalidad armónica? ¿Es la actitud de la sociedad positiva o negativa o contradictoria respecto del nuevo hombre que da su voz al viento? En la sociedad hemos de considerar dos elementos totalmente distintos por su configuración y por su influencia: 1) La familia, y 2) los demás.

En la familia entra, la familia propiamente dicha, pero junto con los parientes y aquellos amigos que se pueden considerar como tales por su influencia. En ese ambiente familiar es donde se escucha por primera vez el grito de rebelión del hasta entonces hijo sumiso. Si se lograse que la mayor parte del proceso revolucionario que se avecina no rompiese el cordón umbilical que le une con la familia, el resultado sería en general

halagüeño, suponiendo que la familia sea lo que debe ser. De hecho la mayoría de los muchachos, al llegar a esta época, pierden toda confianza con sus padres. (Y en cambio si tienen un hermano o hermana mayor fácilmente se le confían.)

Ven a sus papás incapaces de sentir con ellos. Es el choque de la vida joven, impulsiva, total, contra una realidad limitada, circunscrita a problemas poco idealistas, las más de las veces; contra una vida tamizada por la misma vida. El muchacho necesita en esos momentos un ídolo a quien poder adorar fanáticamente, irracionalmente. (Y esto en el preciso momento en que exalta y vocea su independencia y su rebelión contra todo lo prescrito y admitido hasta entonces. Es la época de la adoración por los artistas de cine o por los grandes deportistas, y más escasamente por ciertos intelectuales más o menos revolucionarios.)

¿Y están los papás de nuestros días capacitados para comprender estas manifestaciones de sus muchachitos?, y poder influir en su enderezamiento? Qué saben los papás de esta sicología tremenda de sus muchachos quinceañeros? ¿Qué tiempo ni humor tienen para dedicárselo, precisamente cuando más lo necesitan, ellos, que vienen de un mundo de negocios o de diversiones en nada parecidos a esas impertinencias de esos mocosos? Realmente el muchacho, por regla general, no va a encontrar en sus momentos más decisivos sino falta de comprensión por parte de quienes tienen la obligación urgente de llevar a buen término la obra que comenzaron con la generación. En el punto más determinante, los papás no saben qué hacer, y eso cuando caen en la cuenta de que tienen que hacer algo. Siempre la tragedia rondando a la maravilla.

¿Porque de qué vale que los padres engendren a sus hijos, si es para abandonarlos a su suerte en el momento en que se están jugando la felicidad en este mundo y, por consecuencia, casi la suerte del otro? No es el cuerpo el mayor valor del hombre. Y si los padres hacen bien en cumplir con su deber de alimentar a los hijos que trajeron al mundo, hacen mal y muy mal en no alimentarlos cuando tienen hambre de hombría, de dirección, en el alba de su personalidad que es el tesoro más grande de que dispone un hombre.

Como consecuencia ha de faltar el calor afectivo que tanto bien haría al muchacho en sus momentos negros. La gran mayoría de nuestros muchachos son verdaderos y tristes huérfanos. Y esa falta de hogar deja su impronta agraz en el carácter, además de dar ocasión para que el muchacho se eche a la calle. Y ya en la calle, donde los demás, la tragedia es inminente.

Obligar a un muchacho a que en el roce con todos los desafortunados, los malévolos, los irresponsables, vaya dominando esa lucha por su personalidad perfecta, es un crimen que de tanto repetirse parece que se ha convertido en la cosa más natural. Porque la desaprensión que reina es como para dudar de la sana razón de quienes se llaman guardianes de la república. No habrá nadie que afirme que vale más el erario público de la república que los valores humanos de los individuos. Pero en la práctica, la malversación de las verdaderas riquezas de una nación —la juventud— es un escándalo que clama venganza. Hay preocupación porque las calles, al menos las más céntricas, estén relimpias; se mira así por la decencia y por la salud. Y... para esa salud de los miles de personalidades que están en peligro de raquitismo, ¿quién cuida las calles, y los clubs y las revistas y los espectáculos?

Y no miramos ahora la ruina moral, que es en definitiva la peor de todas. Queremos analizar el problema desde el punto de vista estrictamente psicológico de los valores humanos, prescindiendo deliberadamente del factor religioso al que juzgamos como el más humano de los factores del hombre.

¿Qué entendimiento han de desarrollar nuestros jóvenes al amparo de esos criterios que se estilan en los ambientes sociales? ¿Dónde queda la jerarquía de ideas, la apreciación de la verdadera personalidad del hombre en relación con sus semejantes, con las mujeres, con el dinero, con el poder, con los negocios, con su destino sobre la tierra, con Dios? Y todo esto intelectualmente, como criterio. El ambiente social, en la mayoría de los casos está en abierta oposición respecto de la verdad. Y ese revoltijo de ideas equivocadas es el que recibe a nuestros jóvenes y cerca su inteligencia ávida de la gran verdad.

Y para la voluntad.... ¿quién encontrará un camino recto, unos quereres sanos, en esa ebullición de pasiones desatadas, egoísmos, odios, lujurias, ambiciones, hipocresías, deslealtades? Ese es el espectáculo y ese es el manjar para las voluntades de nuestros adolescentes, para esas máximas potencialidades, puestas a toda presión por el empuje total del alma que pide paso. Y este crimen no levanta oleadas de protesta. Nadie tiembla ante tantas almas deshechas, martirizadas en sus tesoros más íntimos. Estamos destrozando a nuestros jóvenes y....

Quien aparentemente domina en nuestros muchachos durante la adolescencia es la imaginación. (No sería exagerado afirmar la continuidad de este dominio sobre un porcentaje no escaso entre "las personas mayores".) Es esta una fuerza extraña por su funcionamiento y por su influencia. Recordamos que la adolescencia es la época de los sueños, del soñar despierto, es decir, de la imaginación.

Y esta imaginación humana es extrañamente sensible. Se daña, y para siempre, cuando se la obliga a ejercitarse sobre ciertos aspectos decadentes y viciados de la vida. Hay una ligazón íntima entre esta imaginación y el entendimiento y la voluntad; para el bien y para el mal.

Ese común sentir —entre los hombres— de que las mujeres se rigen por la imaginación, y con el cual queremos explicar nosotros su peculiar manera de ser de ellas, y de obrar, no es tan exclusivo del bello sexo, como pudiera parecer. El sexo fuerte es zarandeado por la imaginación, aun en sus momentos de pensar hondo. Extraña dependencia ésta de lo material, que se constituye en puerta de nuestros primeros pensares y que tizna nuestra intelectualidad para toda la vida. Y como tales imaginaciones no vienen frías sino arrojadas con los sentimientos, no es maravilla que nuestras facultades espirituales —como por un resultado de composición de fuerzas— declinen ante la presión de la imaginación.

Pero si esta imaginación ha de trabajar en una situación tan hipersensible y poderosa como la del adolescente, se comprenderá fácilmente la fascinación que ha de ejercer sobre los ansiosos pensamientos de nuestros muchachos. ¿Qué tiene que ver el espejismo del desierto con los engaños de la imaginación en nuestros adolescentes? Y si esta imaginación está barajando y encastillando estrellas de la sensualidad, del egoísmo, del pragmatismo más desolador, astros de la vida fácil, desleal a los altos pensamientos, figuras de los valores desjerarquizados y endiosados; si el cine les ataranta la imaginación con todas las luces de una vida falsa pero atractiva, aparentemente compensadora de sus ansias internas; si los periódicos y revistas ponen sobre la verdad las siete pezuñas de los siete pecados capitales; si la mayoría de las imágenes que el muchacho ha de ver son motivos de desorganización interna para sus grandes facultades aún inexpertas en la lucha por su propia defensa, ¿cómo queremos que esos jóvenes puedan alzarse sobre su alba de oro como unos luchadores, jadeantes, pero vencedores en la conquista de su propia personalidad?

En vez de tales atletas, la sociedad no recibe sino un tanto por ciento abrumador de jóvenes, fuertes quizá de cuerpo, pero débiles mentales. SON LOS JOVENES CON SICOLOGIA DE POSTGUERRA. Allá los médicos hablan de las deficiencias físicas, y los sicólogos de las insuficiencias

morales, de los pobres niños que sin culpa sufrieron las consecuencias de las ambiciones de las mayores en las guerras. Y es verdad. Pero no lo es menos que ese fenómeno se da en mayor escala aún, en los jóvenes de la sociedad moderna. Toda su adolescencia es una lucha ferozmente desproporcionada contra ese enjambre de ideas y sentimientos que emanan de las miserias de quienes debieran ser sus mayores defensores. Cuando lo que necesitaban era un ambiente de paz y de comprensión, de aliento, de bondad y de pureza, se les arroja en medio de las heces de la vida. ¿La consecuencia?... esos jóvenes viejos, decrepitos.

Ahora se comprenderá la importancia de los Colegios católicos, pero que lo sean de verdad. Ahora se comprende la gloria de vivir su vida entera dedicado a las tareas colegiales, que es dedicarse a cuidar las auroras de Dios. Ahora se comprende definitivamente la sublime misión del P. Espiritual. Y ahora se pasma también uno del sentido tan catastrófico para lo humano de ciertas teorías educacionales: escuelas sin Dios, educación mixta... etc.

Ahora se comprende todo eso y se azora uno ante la estupidez humana que deja a sus más prometedoras maravillas para presa de los cuervos. Y los dejamos solos frente a los buitres. Y no se nos cae la cara de vergüenza cuando permitimos que los cerdos pisoteen las albas de oro.

Es esta la historia de la soledad de nuestros adolescentes. Sólo la educación cristiana —la gran doctora de libertad y de humanidad— y la que a ella se parezca, los acompaña y los alienta en su reconquista, en la búsqueda de su tesoro íntimo, de su salvación frente al tiempo para la eternidad. Los demás... aunque se llamen teorías científicas, son los verdaderos criminales de guerra a quienes la sociedad no tiene cuajo para enjuiciarlos por asesinos de hombres.

La ley de Dios y la de los hombres condenan el aborto como un asesinato. Y con los jóvenes que dan su grito: yo soy hombre, ¿qué se hace con ellos, en esa su verdadera hora? ¿Qué terrible soledad ésta de nuestros jóvenes frente a la sociedad. ¡Ay de los que apagan los amaneceres de Dios...! Que algo de todo esto es la TRAGEDIA Y MARAVILLA DE LA JUVENTUD. Las dos unidas en un abrazo escalofriante. Porque ellos están terriblemente solos. Y de esa soledad, como del claustro materno, ha de salir: el hombre o la bestia. Y los llamamos insoportables. Y son sus impertinencias como aquellos saltos de júbilo que dió S. Juan en el vientre de su madre. Allí se acercaba Dios; aquí se acerca el hombre, un hombre que trae sobre su frente la mirada de Dios, lo mismo que un alba de oro.

Nicaragua.—Fuente Pura 1949.

